

Domingo del Tiempo Ordinario XXI-B
COMPROMISO DE AMOR
Padre Pedro José Ynaraja Díaz

TEXTOS

Josué 24, 1-2a. 15-17. 18b

En aquellos días, Josué reunió a las tribus de Israel en Siquén. Convocó a los ancianos de Israel, a los cabezas de familia, jueces y alguaciles, y se presentaron ante el Señor. Josué habló al pueblo:

—«Si no os parece bien servir al Señor, escoged hoy a quién queréis servir: a los dioses que sirvieron vuestros antepasados al este del Éufrates o a los dioses de los amorreos en cuyo país habitáis; yo y mi casa serviremos al Señor».

El pueblo respondió:

—«¡Lejos de nosotros abandonar al Señor para servir a dioses extranjeros! El Señor es nuestro Dios; él nos sacó a nosotros y a nuestros padres de la esclavitud de Egipto; él hizo a nuestra vista grandes signos, nos protegió en el camino que recorrimos y entre todos los pueblos por donde cruzamos. También nosotros serviremos al Señor: ¡es nuestro Dios!».

Efesios 5, 21-32

Hermanos:

Sed sumisos unos a otros con respeto cristiano.

Las mujeres, que se sometan a sus maridos como al Señor; porque el marido es cabeza de la mujer, así como Cristo es cabeza de la Iglesia; él, que es el salvador del cuerpo. Pues como la Iglesia se somete a Cristo, así también las mujeres a sus maridos en todo.

Maridos, amad a vuestras mujeres como Cristo amó a su Iglesia.

Él se entregó a sí mismo por ella, para consagrarla, purificándola con el baño del agua y la palabra, y para colocarla ante sí gloriosa, la Iglesia, sin mancha ni arruga ni nada semejante, sino santa e inmaculada. Así deben también los maridos amar a sus mujeres, como cuerpos suyos que son.

Amar a su mujer es amarse a sí mismo. Pues nadie jamás ha odiado su propia carne, sino que le da alimento y calor, como Cristo hace con la Iglesia, porque somos miembros de su cuerpo.

«Por eso abandonará el hombre a su padre y a su madre, y se unirá a su mujer y serán los dos una sola carne».

Es éste un gran misterio: y yo lo refiero a Cristo y a la Iglesia.

San Juan 6, 60-69

En aquel tiempo, muchos discípulos de Jesús, al oírlo, dijeron:

—«Este modo de hablar es duro, ¿quién puede hacerle caso?».

Adivinando Jesús que sus discípulos lo criticaban, les dijo:

—«¿Esto os hace vacilar?, ¿y si vierais al Hijo del hombre subir a donde estaba antes? El espíritu es quien da vida; la carne no sirve de nada. Las palabras que os he dicho son espíritu y vida. Y con todo, algunos de vosotros no creen».

Pues Jesús sabía desde el principio quiénes no creían y quién lo iba a entregar. Y dijo:

—«Por eso os he dicho que nadie puede venir a mí, si el Padre no se lo concede». Desde entonces, muchos discípulos suyos se echaron atrás y no volvieron a ir con él.

Entonces Jesús les dijo a los Doce:

—«¿También vosotros queréis marcharos?».

Simón Pedro le contestó:

—«Señor, ¿a quién vamos a acudir? Tú tienes palabras de vida eterna; nosotros creemos y sabemos que tú eres el Santo consagrado por Dios».

COMENTARIO

Uno de los rincones de Tierra Santa que más aprecio debido a su interés bíblico, es el que se extiende por las cercanías de la ciudad palestina de Naplusa, o Naplusa, en Palestina. Allí encuentra uno el pozo de Jacob, o de la samaritana, envuelto en la maravillosa basílica que se inició a principios del siglo XX a expensas de los zares, se interrumpió poco después por la revolución bolchevique y se ha continuado y culminado hace pocos años. Está situado al pie del Garizín, la montaña santa de los samaritanos que la habitan en la planicie que lo corona y donde ahora celebran la Pascua todas las familias reunidas. Siguen al pie de la letra las instrucciones del Éxodo. Próximos al lugar, según ellos, del sacrificio de Isaac y de no sé cuantas cosas más.

Muy cercano al pozo está la tumba del patriarca José y a 11km las ruinas de la antigua capital de Samaría, con lo poco que queda de la iglesia dedicada a la tumba del cuerpo de Juan el Bautista. El paraje, pues, es una delicia.

He omitido adrede que a 500m del pozo se encuentra la antigua ciudad de Siquem. Allí empezó la historia de la Salvación, revelándose a Abraham, confiándosele como su amigo. Este correspondió y honró ofreciéndole, bajó la encina de Moré, el primer sacrificio a su Dios.

Si en Siquem ocurrió tal suerte, una de sus nietas fue violada allí y sus hermanos vengaron la ofensa hecha a su hermana, pasando a cuchillo a sus habitantes.

En tan destacado lugar Josué reunió a las tribus hebreas para poner las cosas claras respecto a la religiosidad que debía aceptar el pueblo. La primera parte de este acontecimiento es la que se cuenta en la lectura de este domingo.

Israel finaliza la etapa de caudillaje, presidida por Moisés y su sucesor que hoy tal vez la llamaríamos dictadura, para iniciar un régimen de "anficionía".

Propone Josué la aceptación de un credo, que solemnemente proclama. Acude a recordar brevemente la historia acontecida desde la salida de sus ancestros de tierras del este, poniendo el acento en la actuación protectora de Yahvé, que fue inicialmente divinidad personal del Patriarca, posteriormente dios familiar de su clan, y ahora les indica que lo acepten como Dios del pueblo reunido en este lugar santo.

No es una proposición teórica o ideológica. No les dicta una estructura filosófica, ni acude a demostraciones teóricas. La razón suprema es la experiencia, la protección especialísima que con ellos ha tenido. Y ellos la aceptan y se comprometen.

No olvidemos que el hombre es el único animal capaz de comprometerse- (lamento que la lectura de la misa de hoy se acabe así y os añado, queridos lectores, que a continuación, el Éxodo dice que para ratificar esta afirmación de la Fe del pueblo, Josué hincó una piedra en el suelo, que será testimonio del compromiso adquirido. El tal monolito en aquel tiempo, tendría el valor de una escritura notarial actual).

Queda claro, pues, que la Fe de Israel es una fe histórica, teñida de amor, sin llegar a ser todavía Caridad.

Cambio de tercio.

No hay que olvidar que el "fenómeno" de la Revelación, es un hecho histórico, anclado en el espacio/tiempo, que debe poder ser asumido y comprendido inicialmente por los primeros receptores. Recuerdo tal advertencia, pues a muchos, mejor dicho a muchas, la doctrina que recuerda Pablo a los efesios, resultaría por aquel entonces enormemente avanzada y exigente.

La dignidad de la mujer que proclama en su carta, no era la reconocida por la cultura clásica en la que estaban sumergidos. Podían los griegos admirar la belleza corporal femenina y plasmarla en mármol, pero a la misma preciosa mujer, le vetaban la entrada a las olimpiadas, por poner un solo ejemplo.

Nuestros noticiarios nos dan cuenta, como si se tratara de los resultados de un campeonato deportivo, de los crímenes de género que por desgracia se cometen hoy en día. Cualquiera de las víctimas hubiera estado dispuesta a "someterse al marido", o al compañero, si este las hubiera amado "como Cristo amó a su Iglesia". No olvidemos el valor simbólico del amor matrimonial que debe proclamar ante los hombres el Amor que Cristo siente por su esposa la Iglesia.

De nuevo cambio de tercio.

Hay que situarse en lecturas anteriores que se iniciaron con la multiplicación de los panes, prosiguieron con la advertencia que tal prodigio era poca cosa, comparado con el pan del cielo que recibirían. Culmina el relato reconociéndose el Señor, Él mismo, como pan necesario para la salvación.

Evidentemente, tal proposición resultaba estrambótica a los oídos de los presentes, que no estaban dispuestos a aceptar una cosa que ni el mismo Señor les demostraba que fuera posible y en consecuencia, tal discurso resultaba inadecuado y falto de interés. Lo más lógico, pues, era abandonar el encuentro.

El Maestro conoce tal decisión y el desconcierto que radicaba en el interior de sus mismos discípulos. ¿le abandonarán ellos también?

—«Señor, ¿a quién vamos a acudir? Tú tienes palabras de vida eterna; nosotros creemos y sabemos que tú eres el Santo consagrado por Dios».

A ningún aristotélico-tomista o de otra cualquier escuela teológica se le hubiera ocurrido tal respuesta.

Los apóstoles se sentían comprometidos con Él aquí radica su aceptación.

Y vuelta a la respuesta del pueblo hebreo en Siquem. El compromiso.

Y en consecuencia con radicalidad debemos preguntarnos ¿me siento yo, amado, protegido, reclutado y enriquecido por su doctrina que es de vida eterna?